

Estados, mercados y capitalismo, Oriente y Occidente

Giovanni Arrighi

Profesor de Sociología de la Universidad Johns Hopkins

Resumen

El presente artículo, extracto de un documento presentado en el seminario REGGEN 2005 "Alternativas a Globalización", Río de Janeiro, 8-13, octubre, 2005, constituye una revisión de los orígenes del renacimiento económico que experimenta actualmente Asia Oriental. Más allá de los habituales análisis de contexto inmediato, el artículo aporta una perspectiva necesaria y valiosa de las bases que permitieron el despegue de las economías occidentales que dieron lugar a la llamada "Gran Divergencia", y que en cambio, no produjeron los mismos efectos en Asia Oriental, que no fue capaz de superar las trampas de su propio desarrollo o que, sencillamente, apostó por otro modelo. Dos soluciones distintas ante el reto de construir un mercado

dan lugar a dos modelos de capitalismo, sobre los que se reflexiona ampliamente a través del ejemplo japonés y chino, comparado con la apuesta occidental, personalizada en la Revolución Industrial británica y el auge de tecnología como sustento de una industria militar y militarista. Finalmente, se revisa la influencia del régimen tributario tradicionalmente ejercido por China en la región asiática, y se establece su influencia en la actual construcción de relaciones entre los países asiáticos, que, más allá del milagro económico iniciado por Japón y propulsado por China, supone según el autor un reto a la hegemonía decreciente de los Estados Unidos en el sistema internacional.

Introducción

A mediados de los años sesenta, Geoffrey Barraclough escribía que cuando la historia de la primera mitad del siglo XX –marcada, según muchos historiadores, por las guerras y conflictos en Europa– se redactara desde una perspectiva más amplia, el tema de mayor importancia sería sin lugar a dudas "la revolución contra Occidente" (Barraclough: 1967). Siguiendo la misma línea, hoy en día podemos afirmar que cuando se redacte la historia de la segunda mitad del siglo XX desde dicha perspectiva, es probable que no haya un tema de mayor relevancia que el renacimiento económico de Asia Oriental. Éste se ha producido a través de

un proceso progresivo ("efecto bola de nieve") de "milagros" económicos conectados en una serie de estados de Asia Oriental, que empezó en Japón en las décadas de los cincuenta y sesenta, se extendió a Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur y algunos países de la ASEAN en las décadas de los setenta y ochenta, y culminó en los noventa y principios del siglo XXI con la irrupción de China como la acumuladora de capital más dinámica del mundo. Según Terutomo Ozawa, "el milagro chino, aunque todavía en su fase incipiente, será sin duda alguna el suceso más [énfasis en el original] espectacular desde el punto de vista de su

impacto en el resto del mundo" (Ozawa: 2003). Debido a las dimensiones demográficas de China, su continua expansión económica es realmente mucho más subversiva frente a la jerarquía global de riqueza

"La tendencia estadística hacia la disminución de las desigualdades de renta entre países en los años noventa, (...) se debe en su totalidad al rápido crecimiento económico de China"

existente que todos los milagros económicos juntos anteriores en el Asia Oriental. Según estudios recientes sobre la desigualdad de la renta mundial, parece que esta subversión ya se ha iniciado: en ellos se identifica una tendencia estadística hacia la disminución de las desigualdades de renta entre países en los años noventa que se debe *en su totalidad* al rápido crecimiento económico de China.

En pocos años China se ha convertido en una potencia económica y en una fuerza política de creciente poder en una región en la que los EEUU no habían sido hasta entonces cuestionados –desde Nueva Delhi al oeste, hasta el Sudeste Asiático, pasando por Tokyo y Seúl al este. El nuevo estatus de China procede en buena parte de su irrupción como una de las mayores naciones comerciales del mundo. Sin embargo, este poder viene acompañado de una fuerte dimensión política, ya que los nuevos líderes de Beijing se muestran dispuestos a olvidar antiguas disputas y a hacer partícipes a otras naciones, en lugar de intimidarlas.

China no sólo ha alcanzado a gran velocidad a EEUU en calidad del mayor socio comercial e importador de último recurso en la región del Asia Oriental, sino que también ha empezado a eclipsar a EEUU en la promoción de la liberalización comercial multilateral. Asimismo, en el ámbito regional, ha solicitado la integración en la ASEAN, persiguiendo al mismo tiempo conexiones económicas con Japón, Corea

del Sur e India. En el ámbito mundial, se unió a Brasil e India en el liderazgo de la ofensiva global del sur en la reunión de la OMC celebrada en Cancún (México) en 2003 contra la práctica del Norte de imponer la apertura de mercados al Sur, y mantener a la vez una postura extremadamente proteccionista en las cadenas de producción en las que el Sur aventaja en competitividad. La actitud de China contrasta fuertemente con el abandono de EEUU de las negociaciones comerciales multilaterales a favor de acuerdos bilaterales de libre comercio con la intención de romper la alianza del sur originada en Cancún o ganar apoyos para la “guerra contra el terror” de la Administración Bush.

Cualquiera que sean las consecuencias futuras –asunto que se abordará en la conclusión del presente documento– estas tendencias originan problemas de interpretación que desafían la comprensión predominante de los procesos de desarrollo capitalista y su relación con la formación de estados y mercados. El problema más desconcertante es la desaparición y el aparente resurgimiento de Asia Oriental, y dentro de éste, de China, como centro de la economía mundial. ¿Qué relación encierra este eclipse con la globalización del siglo XIX del capitalismo occidental? Y especialmente, ¿cuál es la relación, si existe, entre el actual renacimiento económico de Asia Oriental y su anterior posición al frente del desarrollo mundial?

La visión predominante entre los historiadores y sociólogos es que esta relación es de mutuo refuerzo. Es cierto que desde el punto de vista del discurso y análisis, ambos procesos se abordan a menudo como si fueran lo mismo. Sin embargo, el renacimiento económico de Asia Oriental se ha producido junto con la conciencia cada vez mayor de una discrepancia histórica-mundial fundamental

entre ambos procesos: ya que ahora parece que a lo largo del siglo XVIII el comercio y los mercados estaban más desarrollados en el Este de Asia, en general, y concretamente en China, que en Europa. Y sin embargo, en el siglo XIX y principios del siglo XX la superioridad de Asia Oriental en la formación de mercados se vió eclipsada por los logros espectaculares del capitalismo industrial europeo y, posteriormente, estadounidense.

A la luz de esta discrepancia, las cuestiones planteadas más arriba sobre la desaparición y aparente resurgimiento de Asia Oriental pueden volverse a formular así: en primer lugar: ¿Por qué el capitalismo industrial se desarrolló en Europa Occidental y no en el Asia Oriental, donde los procesos de formación de mercados estaban más avanzados?; en segundo lugar: ¿Por qué se relacionó la globalización del

capitalismo industrial liderado por los británicos con el agudo declive económico de la región de Asia Oriental, y en especial de su núcleo chino, durante al menos un siglo (desde la Primera Guerra del Opio hasta el final de la Segunda Guerra Mundial)? ¿Por qué después de este largo declive surge incluso con más fuerza el renacimiento económico de esa misma región en la segunda mitad del siglo XX?; y, para finalizar, ¿qué puede revelarnos la experiencia comparativa Oriente-Occidente sobre las posibles consecuencias del actual renacimiento de Asia Oriental?

La dinámica explicada por Smith y la “Gran Divergencia”

Los últimos intentos de explicar las razones por las cuales los procesos comparables de formación de mercados dieron origen al capitalismo industrial en Europa Occidental pero no en el Asia Oriental giran en torno a dos temas: la “dinámica de Smith” y la noción vinculada de “trampa de equilibrio de alto nivel” utilizada por Mark Elvin (1973) para describir los últimos años de la China imperial; y de la “revolución industrial” de Jan de Vries (De Vries: 1994) empleada para describir la expansión económica en los siglos XVII y XVIII en Europa Occidental. El concepto de dinámica de Smith se refiere a un proceso de progreso económico impulsado por los beneficios de la productividad, acompañado de una amplia y profunda división del trabajo limitada únicamente por la extensión del mercado. Mientras el progreso

económico aumenta los ingresos y la demanda real, crece la extensión del mercado, creando de este modo las condiciones para nuevos círculos de división del trabajo y progreso económico. Sin embargo, con el tiempo, este círculo virtuoso tropieza con los límites impues-

“ El problema más desconcertante es la desaparición y el aparente resurgimiento de Asia Oriental (...) y de China, como centro de la economía mundial. ¿Qué relación encierra este eclipse con la globalización del siglo XIX del capitalismo occidental?”

tos a la extensión del mercado por las convicciones espaciales para nuevos círculos de división de trabajo y progreso económico, así como por la escala espacial y entorno institucional del proceso. Cuando se alcanzan dichos límites, el proceso entra en una trampa del equilibrio de alto nivel.

Tal como Bin Wong (Wong: 1997), André Gunder Frank (Gunder: 1998) y Kenneth Pomeranz (Pomeranz: 2000) han subrayado, lo que Vries llama la Revolución Industrial de principios de la Europa moderna no es más que una variación de la dinámica de Smith. Lo que Adam Smith ya sabía pero el pensamiento social de Occidente olvidó posteriormente –tal como indican estos autores– es que durante todo el siglo XVIII el mercado nacional chino superó con gran diferencia en extensión y densidad a cualquier mercado nacional de Occidente. El gran alcance y densidad del

mercado nacional chino fue debido no sólo a la mayor densidad de población existente, sino también a los niveles de comercialización, las infraestructuras de transporte, la productividad agrícola, la sofisticación de las manufacturas y una renta per cápita equivalente, o incluso superior, a la de los países más prósperos de Europa. Se deduce pues que la superioridad en la formación de un mercado nacional no puede considerarse un motivo, y mucho menos “el motivo”, por el cual en el siglo XIX Europa/Inglaterra desplazó a Asia Oriental/China como núcleo de la economía mundial. De hecho, China cayó en una trampa del equilibrio del alto nivel de Smith precisamente debido a su propio éxito en el desarrollo de un mercado nacional. El rápido aumento de la producción y veloz crecimiento de la población había agotado todos los recursos *excepto la mano de obra*, lo que a su vez, dificultó cada vez más las innovaciones rentables.

La cuestión que se plantea entonces es cómo y por qué Europa/Inglaterra se las arregló para escapar de esta trampa de equilibrio de alto nivel a través de la Revolución Industrial de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Si la dinámica de Smith común de las economías Europea y China no sirve para explicar la profunda destrucción de posibilidades iniciada por el desarrollo y la utilización masiva de recursos energéticos de origen mineral en la fabricación y transporte de mercancías, ¿cuál es la explicación? Según E.A. Wrigley (Wrigley: 1988), Wong imagina este desarrollo como una eventualidad histórica desvinculada en gran parte de los acontecimientos anteriores. Su principal característica fue el aumento de la productividad gracias al carbón como nueva fuente de calor, y el vapor como nueva fuente de energía mecánica, que superaban con diferencia lo que podía alcanzarse con la dinámica de Smith. “Al producirse este giro fundamental, Europa inició su nueva trayectoria económica”. Sin embargo, no hay explicación alguna a la aparición de este fenómeno. Al igual que las “fuerzas de producción” en los informes marxistas, las “tecnologías de producción” son “las variables exógenas que dan impulso a otros cambios económicos” (Wong 1997).

Pomeranz (Pomeranz: 2000) tiene una explicación para lo que él llama la “Gran Divergencia” que se remonta al hecho de que para las principales regiones del noroeste de Europa, América proporcionó un suministro mucho mayor de productos primarios y demanda de fabricación que lo que las

“ [Si para] las principales regiones del noroeste de Europa, América proporcionó un suministro [y demanda] mucho mayor de productos (...) las presiones (...) compartidas por todas las regiones centrales obligaban a Asia Oriental a tomar caminos dirigidos (...) al ahorro de recursos y la absorción de mano de obra.”

“ Los salarios y la demanda eran más altos y el capital más abundante en Europa que en Asia. Probablemente esta diferencia contribuyó a que la tecnología de ahorro de mano de obra y consumo de energía fuera rentable en Occidente y no en Oriente.”

regiones centrales de Asia del Este podían obtener de sus propias periferias. Al igual que Wong, Pomeranz sostiene que una dotación nacional rica de hidrocarburos baratos fue esencial para el despegue de la revolución industrial en Gran Bretaña. Sin embargo, en su opinión, sin el suministro de materias primas procedentes de América hubiera sido imposible el desarrollo de la tecnología e investigación europeas dirigidas al ahorro de mano de obra y el consumo intensivo de tierra y energía, en el preciso momento en el que la intensificación de las presiones de recursos previamente

compartidas por todas las regiones centrales obligaban a Asia Oriental a tomar caminos dirigidos incluso más si cabe al ahorro de recursos y la absorción de mano de obra.

A pesar de que esta explicación de la divergencia del siglo XIX de las tendencias de desarrollo de Europa y Asia Oriental contiene elementos importantes que son ciertos, no tiene en cuenta aspectos relevantes. En primer lugar, si bien la dotación de hidrocarburos baratos puede tener cierta validez en la explicación del porqué Gran Bretaña se libró de la trampa de Smith a través de la Revolución Industrial antes que el resto de Europa, no puede explicar por qué China –que ya sabía de la existencia de considerables yacimientos de carbón– no pudo librarse de la misma manera. Y lo que es más importante, no fue a principios del siglo XIX sino más tarde cuando las reacciones y los beneficios indirectos de la minería, el transporte y la utilización del carbón, así como el suministro de materias primas procedentes de América, fueron cruciales para el importante avance británico/europeo. Tal como señala Patrick O'Brien, “ los temas que

impulsaron y mantuvieron la Revolución Industrial no deben mezclarse” (O'Brien: 2001).

En segundo lugar, tal como sostiene Frank, según todas las pruebas existentes antes de que se produjera la Gran Diver-

gencia, los salarios y la demanda eran más altos y el capital más abundante en Europa que en Asia. Probablemente esta diferencia contribuyó a que la tecnología de ahorro de mano de obra y consumo de energía fuera rentable en Occidente y no en Oriente. Sin embargo, Frank no aporta ninguna explicación de por qué los procesos de formación de mercado, más avanzados en Oriente que en Occidente, estaban relacionados con mayores salarios y demanda, y un capital más abundante en Occidente que en Oriente. Según su opinión, antes de la Revolución Industrial la única ventaja competitiva de los europeos frente a Oriente se basaba en

la minería y el transporte de plata procedente de América, así como las inversiones en varias empresas comerciales, incluyendo el comercio intraasiático. En su opinión, sin embargo, esta única ventaja competitiva no permitió a los europeos hacerse con una posición de dominio en una economía mundial que permanecía centrada en Asia, ya que durante el siglo XVIII el flujo de plata procedente de América benefició más a las economías asiáticas que a las europeas, y China continuó siendo el “depósito final” del dinero mundial (Frank: 1998). Pero, si este fue el caso, que de hecho lo fue, ¿por qué razón China se vio afectada por la escasez y Europa, en cambio, por un excedente de capital? Y, ¿por qué en Europa se experimentó una mayor demanda de trabajo y salarios más altos que en China?

En tercer lugar, el misterio que explica cómo Europa escapó de la trampa del equilibrio de alto nivel de Smith a través de la Revolución Industrial debe abordarse conjuntamente con el enigma de por qué la globalización de esta revolución se asoció durante aproximadamente un siglo con el declive económico de la región de Asia Oriental y luego con el rápido resurgimiento económico de ésta. Para concluir su valoración crítica de la tesis de Pomeranz, O'Brien plantea la pregunta: si la economía inglesa (aunque fuera por el carbón y su estrecha relación con las Américas) hubiera podido seguir el curso del delta del Yangtsé, entonces ¿por qué esta región comercializada y avanzada del imperio manchú tardó tanto tiempo en recuperar el rango y posición económicos que mantuvo dentro de la economía mundial a mediados del siglo XVIII?” (O'Brien: 2001). En resumen, un modelo de Gran Divergencia debe proporcionar información no sólo de sus orígenes, sino también sobre su desarrollo a lo largo de los años.

Karou Sugihara ha intentado construir un modelo así, y si bien coincide sustancialmente con la idea de Pomeranz del origen de la Gran Divergencia, se desvía de ésta al insistir en la importancia de las enormes diferencias en el índice de tierra per cápita entre las regiones principales de Asia Oriental y las de Europa Occidental antes de 1800 como causa y efecto de una incomparable Revolución Industrial (por llamarla de algún modo) de Asia Oriental sin precedentes. Desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII –afirma– el desarrollo de instituciones de absorción laboral y tecnologías de trabajo intensivo en respuesta a las restricciones de recursos naturales (especialmente la escasez de tierra) permitió a los estados de Asia Oriental experimentar un mayor aumento de la población acompañado no de un deterioro, sino de una modesta mejora del nivel de vida. La escapada del control

de leyes demográficas de Malthus fue especialmente notoria en China, cuya población había aumentado anteriormente varias veces hasta alcanzar el tope de 100-150 millones para luego disminuir, mientras que en 1800 aumentó hasta alcanzar casi los 400 millones. Este “milagro chino” tuvo un impacto en el PNB mundial que superó con creces el producido por la revolución industrial británica, y que más tarde se repitió a menor escala territorial en Japón, donde el crecimiento de población fue menos explosivo que en China, y la mejora del nivel de vida más significativa (Sugihara: 2003).

Según Sugihara, la Revolución Industrial de Asia Oriental estableció una vía tecnológica e institucional distintiva que desempeñó un papel fundamental en la configuración de respuestas de Asia Oriental ante los retos y oportunidades creadas por la Revolución Industrial de Occidente. Especialmente significativo a este respecto fue el desarrollo de un marco institucional de absorción laboral centrado en la familia y, en menor medida, en la comunidad del pueblo. Contrariamente a la opinión tradicional de que la producción a pequeña escala carece de fuerza interna para el progreso económico, este marco institucional tuvo ventajas importantes frente a la producción a gran escala basada en las clases que empezaban a dominar en Inglaterra. Mientras que a los trabajadores ingleses se les negaba la oportunidad de participar en los asuntos de gestión y desarrollar habilidades interpersonales necesarias para la especialización flexible, en el Asia Oriental se priorizaba la habilidad para desempeñar con éxito múltiples tareas, en lugar de la especialización, y se fomentaba la voluntad de cooperación con otros miembros de la familia más que el talento individual. Sobre todo, era primordial que todos los miembros de la familia intentaran adaptarse al sistema de trabajo de la granja, que demostraran flexibilidad para responder a cualquier necesidad o emergencia, que comprendieran los problemas

“ Si bien el marco institucional de Asia Oriental no dejaba mucho espacio para grandes innovaciones o para la inversión en capital fijo o comercio a larga distancia, sí proporcionaba oportunidades para el desarrollo de tecnologías de trabajo intensivo (...) La diferencia entre esta tendencia de desarrollo y la de Occidente fue que la primera ‘movilizó recursos humanos más que recursos no humanos’ ”

vinculados a la gestión de la producción, y que anticiparan y previnieran la posible aparición de problemas. La habilidad de gestión, junto con una formación general en destreza técnica, eran aptitudes muy buscadas dentro del marco familiar (Sugihara: 2003).

Además, los costes comerciales de transacción eran reducidos y el riesgo que suponían las innovaciones técnicas, relativamente bajo. Y si bien el marco institucional de Asia Oriental no dejaba mucho espacio para grandes innovaciones o para la inversión en capital fijo o comercio a larga distancia, sí proporcionaba oportunidades para el desarrollo de

tecnologías de trabajo intensivo que sin duda contribuyeron al aumento de la renta *anual* per cápita, aunque no aumentaron la producción *por día o por hora*. La diferencia entre esta tendencia de desarrollo y la de Occidente fue que la primera “movilizó recursos humanos más que recursos no humanos” (Sugihara: 2003).

Esta disposición a movilizar recursos humanos en lugar de recursos no humanos con el objetivo de mejorar la economía sigue caracterizando la tendencia de desarrollo de Asia Oriental, a pesar de que los estados de esta región desean incorporar tecnologías occidentales en sus economías. Por eso, en la década que siguió a 1880, el Gobierno japonés adoptó una estrategia de “industrialización de trabajo intensivo” que impulsó el desarrollo hacia una vía híbrida de adaptación consciente de la tecnología occidental a las condiciones de dotación de factores de Asia Oriental (Sugihara: 2003). Por razones que no quedan nada claras en los informes de Sugihara, esta fusión de las vías de desarrollo de Occidente y Asia Oriental quedó frenada durante la Segunda Guerra Mundial, tras la cual, sin embargo, tres circunstancias principales hicieron posible esta fusión con resultados espectaculares.

La primera: durante la Guerra Fría, se esperaba que Japón utilizara toda su fuerza económica para hacer frente a la penetración comunista en Asia, y, en contrapartida, EEUU le garantizaba unas condiciones muy favorables tanto en el abastecimiento de todas las materias primas y recursos necesarios (incluido el petróleo) como en la venta de productos manufacturados a los países prósperos de Occidente. “Este cambio en las circunstancias internacionales permitió que Japón, y más tarde otros muchos países asiáticos, se aplicaran en la introducción sistemática de industria pesada y química de capital intensivo y recursos intensivos en una economía con una mano de obra disciplinada y relativamente barata” (Sugihara: 2003). La segunda: la intensidad de capital y recursos económicos de la vía de desarrollo occidental aumentó más gracias a la competencia entre EEUU y la antigua Unión Soviética en la construcción de poderosos complejos industriales militares basados en la producción a gran escala en las industrias siderúrgica, aeronáutica, de armamento, espacial y petroquímica. De este modo, se crearon nuevas oportunidades que Japón pronto aprovechó para la especialización rentable no sólo en las industrias de trabajo intensivo, sino también en los sectores de ahorro de recursos de las industrias de capital intensivo (Sugihara: 2003). Finalmente, el surgimiento del nacionalismo durante el régimen de la Guerra Fría creó las condiciones para una feroz competencia interasiática entre industrializadores de salarios relativamente bajos y países con rentas superiores.

La idea de Sugihara de la importancia continuada de una vía “esteasiática” distintiva de absorción laboral y ahorro de

recursos ayuda a explicar por qué el proceso de *efecto bola de nieve* de Ozawa de milagros económicos conectados que se ha mencionado al inicio ha tenido mayor incidencia en Asia del Este que en ningún otro lugar. Sin embargo, al explicar el eventual éxito de la fusión de las vías de revolución industrial y revolución industrial impulsada por Japón, Sugihara recurre a consideraciones geopolíticas que permanecen sin explicación en su modelo y plantea dos cuestiones cruciales. La primera, ¿es posible que el entorno geopolítico fuera igual de importante en la creación de las condiciones para la bifurcación de las dos vías a finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX? O, en otras palabras, ¿es posible que muchos aspectos de lo que permanece sin explicación sobre los orígenes de la Gran Divergencia en Wong, Frank, Pomeroy y Sugihara pueda encontrarse en las diferencias entre los entornos geopolíticos de las regiones de Europa Occidental y Asia Oriental? Y, de ser así, ¿qué diferencias son las más relevantes para llegar a entender los orígenes de la Gran Divergencia?

En segundo lugar, ¿cuál es la relación entre el entorno geopolítico y la formación de distintas vías de desarrollo nacionales y mundiales-regionales? ¿Son estas vías meros “productos” del entorno, o los componentes principales de su formación? Y en caso de ser los ingredientes, ¿qué papel desempeñó la Gran Divergencia en la transformación del más amplio entorno geopolítico que pasó de desfavorable a favorable para la hibridación de las vías de la Revolución Industrial e Industrial?

La geopolítica de la Gran Divergencia antes de la Revolución Industrial

Los entornos geopolíticos han contribuido de forma decisiva a la aparición de vías de desarrollo relacionadas entre sí aunque distintas en Europa Occidental y Asia Oriental. Por eso, en el transcurso de los tres siglos que Fernand Braudel (Braudel: 1984) define como el “prolongado” siglo XVI con referencia a la historia de Europa Occidental (1350-1650) y que se corresponde casi exactamente con el período Ming de la historia del Este asiático (1368-1643), Europa Occidental y el Asia Oriental se organizaron geopolíticamente en sistemas interestatales suficientemente parecidos como para ser posible su comparación. Al mismo tiempo, eran suficientemente distintos como para originar dos vías de desarrollo divergentes. La idea de un sistema interestatal como entorno geopolítico de desarrollos nacionales fue concebido en inicio para describir el sistema europeo de gobierno que tuvo lugar durante el “prolongado” siglo XVI y que con el tiempo quedó institucionalizado en Westfalia en 1648. Más recientemente, expertos japoneses especializados en la reconstrucción del sistema comercial de tributos chino mostraron que éste presentaba suficientes similitudes con el

sistema interestatal europeo, de manera que analíticamente valía la pena establecer una comparación. Ambos sistemas consistían en una multiplicidad de jurisdicciones políticas que apelaban a la herencia cultural común y que comerciaban mayoritariamente dentro de sus respectivas regiones. Aunque el comercio interfronterizo estaba públicamente más regulado en el Asia Oriental que en Europa, desde la época Song (960-1276) el comercio exterior particular floreció y transformó la naturaleza del comercio de tributos cuyo principal objetivo –en palabras de Takeshi Hamashita– “se convirtió en el afán de beneficios a través del comercio no oficial complementario al sistema oficial” (Hamashita: 1993).

Podemos incluso detectar analogías en la competición interestatal que caracterizó a los dos sistemas regionales. El sistema comercial de tributos proporcionaba a sus distintos campos un marco simbólico de interacción mutua política y económica que, sin embargo, era suficientemente flexible como para dotar a sus componentes periféricos de una autonomía considerable en relación con el centro chino. De este modo, Japón y Vietnam eran miembros periféricos del sistema y al mismo tiempo competidores con China en el ejercicio de la función imperial de conceder títulos (Hamashita: 1997). Sugihara va más allá sugiriendo que la difusión de la mejor tecnología y de la experiencia organizativa dentro del Este asiático hace que “sea posible pensar en la presencia de un sistema político con múltiples centros en el Este asiático (...) con muchos puntos análogos con el sistema interestatal en Europa” (Sugihara: 1996).

Estas semejanzas crean una comparativa de los dos sistemas interestatales analíticamente coherente. Pero cuando cotejamos sus estructuras y modos operativos respectivos, podemos detectar dos diferencias que proporcionan una explicación plausible y sencilla de la subsiguiente Gran Divergencia. En primer lugar, incluso antes del “prolongado” siglo XVI, el poder político, económico y cultural en el sistema del Este asiático se concentraba mucho más en su centro (China) que en el sistema europeo occidental, cuyo centro propiamente dicho, político o económico, era mucho más difícil de identificar. En el transcurso del “prolongado” siglo XVI, esta diferencia se hizo más patente con la institucionalización del equilibrio de poder en Europa Occidental por una parte, y el fracaso de los intentos japoneses de desafiar la centralidad militar china, por otra parte. En segundo lugar, los dos sistemas se caracterizaban, no únicamente por una distribución del poder distinta, sino también por una manera dis-

tinta de relacionarse con el mundo exterior y entre ellos mismos. Aunque el comercio dentro, entre y a través de las jurisdicciones políticas era esencial para las operaciones de ambos sistemas, la importancia económica y política del comercio de larga distancia (incluyendo el comercio entre los dos sistemas) en relación con el comercio a corta distancia era mucho más importante en el sistema de Europa Occidental que en el del Este asiático (Arrighi, Hui, Hung y Selden: 2003).

Sean cuales sean los orígenes históricos y geográficos de estas dos diferencias, su respectiva consolidación en el transcurso del “prolongado” siglo XVI condujo a una bifurcación de las vías de desarrollo de Asia Oriental y de Europa occidental. En el Asia Oriental, China encabezaba un proceso de desarrollo egocéntrico, enfocado más hacia la formación del estado que en la guerra, y más en el comercio doméstico que en el exterior (especialmente de larga distancia). El resultado fue el Milagro Chino de Sugihara. Los pensadores europeos del siglo XVIII (entre ellos Adam Smith) se quedaron bastante impresionados con este logro. La paz, prosperidad y crecimiento demográfico notables que experimentó China durante gran

“ Los pensadores europeos del siglo XVIII (...) se quedaron bastante impresionados con (...) la paz, prosperidad y crecimiento demográfico notables que experimentó China durante gran parte del siglo XVIII. (...) [Sin embargo la] imagen positiva de China se debilitó posteriormente, y no a causa de los logros económicos europeos, sino debido a su superioridad militar.”

parte del siglo XVIII fue fuente de inspiración de figuras destacadas del Siglo de las Luces europeo. Leibniz, Voltaire y Quesnay, entre otros, “miraban hacia China en busca de instrucción moral, guía en el desarrollo institucional y pruebas que confirmasen la defensa de causas tan variadas como el absolutismo benevolente, la meritocracia y una economía nacional basada en la agricultura” (Adas: 1989).

Esta imagen positiva de China se debilitó posteriormente, y no a causa de los logros económicos europeos, sino debido a su superioridad militar. Los mercaderes y aventureros europeos subrayaron durante mucho tiempo la vulnerabilidad militar de un imperio gobernado por una clase social formada por familias adineradas, mientras se lamentaban amargamente por los obstáculos burocráticos y culturales que encontraban al realizar negocios con China. Estas críticas y quejas se tradujeron gradualmente en una visión de China como un imperio burocráticamente opresivo y militarmente débil. Esta imagen negativa, a su vez, contribuyó a la transformación de China dentro del imaginario político de Occidente de un modelo a imitar a la antítesis del modelo británico, que se estaba hegemonizando en el pensamiento occidental (Adas: 1989).

El modelo británico desarrolló una vía que, en sus aspectos clave, era la antítesis de la vía adoptada por Asia Oriental.

Mientras, el modelo chino/asiático oriental priorizaba la formación de un estado a la guerra, y el desarrollo de una economía nacional a la formación de imperios comerciales o territoriales allende los mares, el modelo británico/occidental hizo justo lo contrario. Desde el siglo XIV hasta el XVIII, la guerra y la construcción de un imperio exterior, conjuntamente, constituyeron las formas más relevantes de competencia interestatal en el sistema europeo. Existían aspectos esenciales de la reproducción ampliada del equilibrio de poder europeo y de la extroversión del sistema, es decir, de la dependencia de la persecución exitosa de poder *dentro* del sistema con acceso a los recursos (humanos y no humanos) *fuera* del sistema. Tal como William McNeill explica el proceso, con especial referencia al período de 1600-1750, dentro de Europa Occidental “un ejército moderno y mejorado cargó duramente contra sus rivales” alterando el equilibrio de poder sólo localmente y temporalmente. El resultado respecto a los márgenes del radio de acción europeo, sin embargo, fue una expansión sistemática que “sostuvo una red comercial en expansión, potenció el patrimonio imponible en Europa e hizo que el apoyo al ejército fuera menos pesado de lo que hubiera sido en otras circunstancias. Europa, en resumen, se lanzó a un ciclo de autorrefuerzo en el cual su organización militar mantuvo, y era mantenida por, una expansión económica y política a expensas de otros pueblos y estados de la tierra” (McNeill: 1982).

En Asia Oriental no se observó, sin embargo, un ciclo de autorrefuerzo de este tipo. La China de Qing expandió sus fronteras por el norte y el oeste, pero los beneficios económicos de esta expansión no fueron suficientes para mantener los costes de una carrera armamentística al estilo europeo. Tal como señala Wong, la lógica de la economía política que enfatiza la competencia con estados extranjeros tuvo poco en común con el énfasis chino de los beneficios mutuos fruto del intercambio doméstico: “El Estado chino, lejos de extraer los recursos de las periferias, era más proclive a invertir en ellas. La expansión política para incorporar nuevas fronteras comprometió al Gobierno a un movimiento de recursos hacia las periferias, en lugar de extraer dichos recursos de ellas” (Wong: 1997).

Tal como se ha señalado anteriormente, las jurisdicciones políticas separadas del sistema interestatal de Asia Oriental competían entre ellas. Sugihara (Sugihara: 1996), por ejemplo, detecta una relación de competencia en dos tendencias complementarias típicas del Japón de Tokugawa: los intentos por crear un sistema comercial de tributos centrado en Japón en lugar de en China, y la absorción extensiva de conocimientos tecnológicos y organizativos en agricultura, minería e industria de Corea y China. Sin embargo, este tipo de competencia alejó, más que no acercó, la vía de desarrollo del Este asiático de la vía europea: hacia una división del trabajo cada vez más profunda dentro de los hogares y

las microrregiones más que no entre las principales regiones metropolitanas y las regiones periféricas en el extranjero; más hacia un comercio a corta distancia (intraregional) que hacia un comercio de larga distancia (interregional); más orientado hacia el establecimiento del estado que hacia la guerra.

Como resultado de estas actividades, el comercio europeo no sólo se expandió mucho más rápidamente que en el siglo XVII, sino que se expandió hasta promocionar la división del trabajo con las Américas que permitió a las regiones principales europeas especializarse en el ahorro de trabajo y el uso intensivo de la tierra y la energía. En contraste, los estados de Asia Oriental no mostraron ningún tipo de tendencia hacia la construcción de imperios comerciales en el extranjero. Incluso los contactos comerciales entre los países asiáticos “dieron marcha atrás bruscamente a partir de principios del siglo XVIII y no se recuperaron hasta que Occidente forzó a China y Japón a abrir sus puertos al comercio exterior a mediados del siglo XIX” (Sugihara: 1996). El éxito mismo de la Revolución Industrial en China y Japón de este modo intensificó la escasez de recursos naturales forzando el desarrollo en ambos países hacia un mayor ahorro de los recursos y el trabajo intensivo.

Esta es la bifurcación que figura prioritariamente en el modelo de Pomeranz de la Gran Divergencia del siglo XIX. Lo que se argumenta aquí es que la bifurcación Revolución Industrial-Industrial tuvo sus raíces más profundas en las tempranas divergencias de los entornos geopolíticos en los cuales los estados de Europa Occidental y de Asia Oriental operaban. En el sistema interestatal de Asia Oriental, una estructura de poder más centralizada e introvertida ofreció un entorno geopolítico más favorable para el desarrollo a través de la vía de la Revolución Industrial. Pero la estructura de poder del sistema europeo occidental, más equilibrada y extrovertida, proporcionó un entorno geopolítico más favorable para la movilización a través del comercio y la coacción de recursos extrasistémicos necesarios para escapar de la trampa de equilibrio de alto nivel de incluso la más exitosa de las Revoluciones Industriales.

Igualmente importante, la operación del “ciclo de autorrefuerzo” de McNeill de escalar la competición militar intraeuropea manteniendo y al mismo tiempo siendo mantenida por la expansión a expensas de otros pueblos y estados de la tierra, no estableció el tipo de relación núcleo-periferia entre Europa y las Américas que permitiera a los británicos embarcarse en la vía del uso intensivo de la tierra y la energía de la Revolución Industrial. También desempeñó un papel decisivo en la creación de condiciones que permitieran el “despegue” de la revolución en las industrias de los bienes de equipo, que fue mucho más decisiva que la anterior revolución de la producción textil al provocar la Gran

Divergencia. Tal como McNeill subraya, los gastos gubernamentales por causas bélicas en 1793-1815 crearon una industria siderúrgica excesiva para tiempos de paz. Sin embargo, al proporcionar a los señores del hierro extraordinarios incentivos para encontrar nuevos usos para sus enormes hornos industriales (ferrocarril o los barcos de hierro) se crearon también las condiciones propicias para una futura expansión.

Y aunque gran parte de lo que resulta incomprensible en los informes sobre la Gran Divergencia de Wong, Frank, Pomeranz y Sugihara se convierte en inteligible cuando sacamos a la luz antiguas diferencias entre la geopolítica de los sistemas interestatales de Europa Occidental y de Asia Oriental, no sucede siempre así. En particular, las diferencias geopolíticas en sí no pueden explicar cómo y por qué Gran Bretaña/Europa Occidental, en comparación y en relación con China/Este asiático, experimentaron la sobreabundancia de capital que hizo factible y económico el desarrollo durante la Revolución Industrial. Las guerras incesantes, la carrera armamentística y la construcción de imperios en el extranjero supusieron grandes inversiones de capital en personal y en material, cuyos beneficios se materializaron (si este fue el caso) sólo después de un largo período de tiempo. Este tipo de inversión ayuda a explicar por qué Gran Bretaña/Europa Occidental experimentó entradas de dinero tan elevadas y tanta demanda que, según Frank, hicieron que la inversión en tecnología de ahorro del trabajo resultara económica en Gran Bretaña/Europa Occidental pero no en China/Este asiático. Pero hacen que sea todavía más inexplicable la superabundancia de capital que hizo tal inversión posible. En otras palabras, si en todo el siglo XVIII China fue el “depósito final” del dinero mundial –tal como Frank sostiene con toda la razón–, ¿De dónde sacó Gran Bretaña/Europa Occidental todo el capital necesario para financiar guerras incesantes, o las costosas y cada vez más numerosas rondas de la carrera armamentística, o la construcción de imperios extranjeros cada vez mayores?

Capitalismo este y oeste, antes y después de la Revolución Industrial

El capitalismo únicamente triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado. En la primera gran fase, la de las ciudades-estados italianas de Venecia, Génova y Florencia, el poder estaba en manos de la élite adinerada. En la Holanda del siglo XVII, la aristocracia de los regentes gobernaba en pos del beneficio e incluso siguiendo las di-

rectrices de los hombres de negocios, comerciantes y prestamistas. Asimismo, en Inglaterra la Revolución Gloriosa de 1688 marcó la entronización del comercio de forma similar que en Holanda (Braudel: 1977).

En esta secuencia de estados que llegaron a identificarse con el capitalismo –las ciudades-estado italianas, los estados proto-nación holandeses e incluso un estado, el inglés, que estaba en proceso de convertirse no únicamente en una nación-estado, sino en el centro de un imperio marítimo y territorial mundial- cada Estado es mayor y más poderoso que su predecesor. Y es esta *secuencia*, más que ninguna otra cosa, la que evidencia la transformación capitalista del sistema regional europeo. A la inversa, la ausencia de algo comparable con dicha secuencia puede considerarse como el signo más evidente de que el sistema regional de Asia

“ Si en todo el siglo XVIII China fue el ‘depósito final’ del dinero mundial (...) ¿De dónde sacó Europa Occidental todo el capital necesario para financiar (...) la construcción de imperios extranjeros cada vez mayores? (...) El capitalismo únicamente triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado.”

Oriental en sí mismo no se encontraba en el proceso de convertirse en capitalista, a pesar de la existencia de organizaciones capitalistas análogas a las europeas y a pesar de mayores progresos que en Europa en la formación de economías de mercado. De hecho, bajo la época Ming y especialmente la

Qing, el capitalismo en el Asia Oriental se convirtió en una formación intersticial mayor si cabe de lo que había sido en la época Song o Yuan. Quedó incorporada casi exclusivamente en una diáspora china de ultramar cuya influencia sobre los principales asentamientos en el poder de la región fue insignificante, a pesar de su importancia como enlace de la costa china con el Sudeste asiático. El capitalismo *al nivel del sistema* quedó de este modo “externalizado” en el sentido de que se desarrolló más a fondo en la periferia que en el centro de los estados más poderosos de la región.

Esta situación experimentó un cambio radical cuando el sistema europeo se convirtió en el dominante en el ámbito global. Contrariamente a la famosa proclama de Marx y Engels de que los bienes baratos eran la “artillería pesada” con la que la burguesía europea “derribó todas las murallas chinas”, incluso después de que los cañoneros británicos abatieran el muro de las regulaciones gubernamentales contenidas en la economía doméstica china, el capitalismo británico tuvo serias dificultades para desbancar la competencia de los comerciantes y productores chinos. Las empresas occidentales que fundaron centros de producción en China nunca pudieron penetrar de manera efectiva en el vasto interior del país y tuvieron que confiar en los comerciantes chinos indígenas para el suministro de materias primas y la promoción de sus productos, y a excepción del ferrocarril y la minería, el mercado chino supuso en general frustración para los comerciantes extranjeros.

Lejos de destruir las formas autóctonas de capitalismo, la incorporación de China dentro de las estructuras del sistema capitalista global centrado en el Reino Unido supuso una renovada expansión de las redes y comunidades comerciales chinas que durante el milenio anterior se habían desarrollado en las regiones costeras y en los intersticios del sistema comercial de tributos de China. Y mientras, a raíz de las Guerras del Opio y las rebeliones domésticas, disminuía la capacidad del gobierno Qing para controlar los canales entre la economía doméstica china y el exterior, proliferaron lucrativas oportunidades para los comerciantes chinos que operaban dentro de esas redes y comunidades. El estrato capitalista de los chinos de ultramar se benefició también de las presiones fiscales y financieras de finales de la época Qing como resultado de guerras, rebeliones, el empeoramiento de las condiciones comerciales y los desastres naturales. A cambio de prestar ayuda a la corte Qing, los chinos de ultramar obtuvieron cargos, títulos y protección para sus propiedades y conexiones en China, así como acceso al tan provechoso tráfico de armas y el negocio de los préstamos gubernamentales.

La revitalización del capitalismo chino en China y ultramar no fue el único resultado de la intensificación de la competencia entre estados que se originó a raíz de la incorporación subordinada de Asia Oriental dentro de las estructuras del sistema global del Reino Unido. Durante al menos un siglo, su consecuencia más importante fue una transformación fundamental de las rivalidades entre China y Japón. Tal como subraya Hamashita (Hamashita: 1988), la industrialización japonesa y la expansión territorial que la acompañó fueron una continuación por otros medios de los esfuerzos que realizaron los japoneses durante siglos de volver a concentrar el sistema comercial de tributos de Asia Oriental. Sin embargo, el cambio en un contexto sistémico transformó radicalmente la naturaleza de las rivalidades entre China y Japón, induciendo a ambas a expandir y modernizar su industria de bienes de equipo en un intento por neutralizar la superioridad militar occidental que había quedado brutalmente plasmada en las Guerras del Opio.

Los esfuerzos de industrialización produjeron resultados económicos similares en China y Japón durante los aproximadamente veinticinco años que siguieron a sus inicios. En vísperas de la Guerra chino-japonesa de 1894, en una valoración de Albert Feuerwerker, “la disparidad entre el grado de desarrollo económico moderno en los dos países no era todavía flagrante” (Feuerwerker: 1958). Sin embargo, la victoria japonesa en la guerra fue sintoma de una diferencia fundamental en el impacto de la campaña de industrialización en los dos países. En China, el principal organismo de la campaña fueron las autoridades provinciales, cuyo poder frente al del gobierno central se había incrementado considerablemente en el transcurso de la represión de las rebe-

liones de la década que siguió a 1850, y quienes utilizaron la industrialización para consolidar su autonomía en una competencia entre ellas. Por el contrario, en Japón, la campaña de industrialización fue un aspecto integral de la restauración Meiji, que centralizó el poder en manos del gobierno nacional a costa de las autoridades provinciales (So y Chiu: 1995).

Las consecuencias de la guerra chino-japonesa profundizaron en la subyacente diferencia de las trayectorias de las industrializaciones japonesa y china. La derrota de China debilitó la cohesión nacional iniciando medio siglo de caos político marcado por mayores restricciones sobre la soberanía, aplastantes indemnizaciones de guerra, el colapso final del régimen Qing y la creciente autonomía de los señores de la guerra semi-soberanos, seguida por la invasión japonesa, y recurrentes guerras civiles entre las fuerzas nacionalistas y comunistas. Este catastrófico colapso del estado es probablemente la única razón de mayor importancia –respondiendo a la pregunta de O’Brien– por la que el Delta del Yangtsé y China tardaron tanto en alcanzar el rango y estatus económico que habían ostentado globalmente a mediados del siglo XVIII.

La victoria sobre China en 1894, seguida de la victoria sobre Rusia en la guerra de 1904-05, por otra parte, convirtió Japón en “un participante respetable en el juego de la política imperialista” (Iriye: 1970). La adquisición de territorio chino (primero Taiwan en 1895, seguido de la península de Liaodong y el afianzamiento de todos los derechos y privilegios rusos en el Sur de Manchuria en 1905, para finalizar con el reconocimiento chino del protectorado japonés sobre Corea, anexionada como colonia en 1910) proporcionó a Japón una valiosa avanzada, desde la cual lanzar futuros ataques contra China, así como suministros garantizados de comida, materias primas baratas y mercados procedentes de ultramar. Al mismo tiempo, las indemnizaciones de China, que ascendían a más de un tercio del PNB japonés, permitieron a Japón financiar la expansión de su industria pesada y situar su moneda en el patrón oro. A su vez, esto mejoró la clasificación crediticia japonesa en Londres y su capacidad para obtener fondos adicionales para la expansión industrial doméstica y la expansión imperialista en el extranjero.

Esta bifurcación de las vías de desarrollo japonesa y china culminó en los años treinta con el eclipse del Reino Unido por parte de Japón como potencia dominante en la región. Con la toma japonesa de Manchuria en 1931, seguida de la ocupación del norte de China en 1935, la invasión a gran escala de China desde 1937 y la consiguiente conquista de partes de Asia central y gran parte del Sudeste Asiático, parecía que Japón estaba finalmente consiguiendo recen-

japonés de alcanzar la supremacía regional, sin embargo, no logró consolidarse. La destrucción masiva infligida sobre Japón por la campaña estratégica de bombardeos estadounidenses en los últimos meses de la guerra demostraron, incluso antes de Hiroshima y Nagasaki, que los avances japoneses en tecnología militar occidental no podían responder a los avances estadounidenses.

Orígenes y perspectivas del renacimiento económico de Asia Oriental

La lucha por la centralidad en el Asia Oriental consecuencia de la derrota japonesa de 1945 y la creación de la RPCh en 1949 ha determinado por completo el proceso de incremento progresivo o “bola de nieve” de milagros económicos vinculados que conforma el renacimiento económico de Asia Oriental. Ambos procesos –de lucha y renovación– se han desarrollado a través de tres fases parcialmente coincidentes. En la primera fase, el principal organismo de expansión fue el gobierno de los EEUU, cuyas estrategias de poder impulsaron la modernización de la economía japonesa y crearon las condiciones políticas necesarias de la siguiente expansión transfronteriza del sistema de subcontratación multicapa japonés. En la segunda fase, el comercio en Japón se convirtió en el principal organismo de expansión. Como la zona de captación de las redes de inversiones y subcontratas japonesas llegaron a abarcar toda la región de Asia Oriental, las redes comerciales de los chinos de ultramar se revitalizaron. En el nuevo clima propiciado por la apertura entre EEUU y China, posterior a 1970, el destino de estas redes quedó ligado a la doble persecución por parte del Gobierno chino del progreso económico y la unificación nacional. En la incipiente tercera fase es precisamente el Gobierno chino, actuando en ocasiones de común acuerdo con la diáspora capitalista china en Taiwan, Hong Kong y todo el Sudeste de Asia, quien parece emerger como el organismo principal de la expansión regional.

Estas tres fases del renacimiento económico de Asia Oriental pueden ser interpretadas como fases de un proceso de revitalización de las características principales del sistema comercial de tributos de Asia Oriental en un contexto global radicalmente transformado. En la fase inicial la Guerra Fría dividió la región en dos campos antagónicos y redujo a la mayoría de estados de Asia Oriental al estatus de vasallo de uno u otro de los centros imperiales en contienda: los Estados Unidos y la URSS. Tal como demostró la Guerra de Corea, sin embargo, incluso en esta fase la superioridad

occidental era más precaria de lo que parecía. Y fue precisamente esta precariedad la que impulsó a los Estados Unidos a revivir sin darse cuenta uno de los rasgos típicos del aparentemente desaparecido sistema comercial de tributos de Asia Oriental: un régimen de obsequios y comercio entre estados imperiales y vasallos que era muy favorable económicamente a estos últimos. Este fue el “magnánimo” régimen comercial y de ayuda de *Pax americana* de principios de la posguerra sobre el que Ozawa (Ozawa: 1993) y Sugihara (Sugihara: 2003) establecen los orígenes de la sucesión de milagros económicos relacionados de Asia Oriental.

A pesar de la “magnanimidad” de Estados Unidos, la línea de falla entre las esferas de influencia estadounidenses y soviéticas en la región empezaron a romperse poco después de establecerse, en primer lugar debido a la rebelión china contra la dominación soviética a finales de los años cincuenta y más tarde por el fracaso estadounidense de dividir la nación vietnamita durante la Guerra Fría. Los gastos astronómicos afrontados por los EEUU en su territorio y fuera de él para sostener las acciones bélicas en el Sudeste Asiático desencadenaron una seria crisis fiscal del estado de guerra/del bienestar y contribuyeron decisivamente a la contracción repentina del poder global de los EEUU, que alcanzó su punto más bajo a finales de los años setenta con la Revolución Iraní, la invasión soviética de Afganistán y la nueva crisis de confianza en el dólar estadounidense. En

“ [La Guerra Fría empujó a] Estados Unidos a revivir sin darse cuenta uno de los rasgos típicos del aparentemente desaparecido sistema comercial de tributos de Asia Oriental (...) un régimen de obsequios y comercio entre estados imperiales y vasallos que era muy favorable económicamente a estos últimos [siendo la base de los] milagros económicos (...) de Asia Oriental.”

medio de esta crisis, el régimen militarista estadounidense en el Asia Oriental empezó a desinflarse. La Guerra de Corea había instituido el régimen centralizado en los EEUU de Asia Oriental excluyendo a la China continental de las relaciones comerciales y diplomáticas normales con la parte no comunista de la región, a través del blo-

queo y las amenazas bélicas. La derrota en la Guerra del Vietnam, por el contrario, forzó a los Estados Unidos a readmitir a China dentro de las relaciones comerciales y diplomáticas habituales con el resto de Asia Oriental. De este modo, la esfera de la integración y expansión económica de la región se ampliaba considerablemente aunque la capacidad de los Estados Unidos para controlar políticamente su dinámica quedó reducida proporcionalmente.

Y fue en este contexto que el comercio japonés reemplazó progresivamente al Gobierno estadounidense como principal organismo del renacimiento económico de Asia Oriental. El prodigioso ascenso de la economía nacional japonesa desde los años cincuenta hasta los ochenta, y la expansión de las redes comerciales japonesas en la región y fuera de ella en los años setenta y ochenta, marcaron el

resurgimiento de un modelo de relaciones entre estados que se parecía mucho más al modelo indígena (Asia Oriental) –en el cual la centralidad quedaba determinada en primer lugar por el tamaño relativo y la sofisticación de las economías nacionales del sistema– que al modelo impuesto (occidental) –en el cual la centralidad había llegado a determinarse principalmente por la fuerza relativa de los complejos militares e industriales del sistema. Los límites de la militarización industrial como fuente de poder quedaron al descubierto con la derrota de los Estados Unidos en Vietnam. Pero fue el protagonismo paulatina de Japón en la política mundial en los años ochenta, lo que demostró la eficacia cada vez mayor de la economía relacionada con fuentes militares del poder mundial. La influencia creciente de Japón estaba basada principalmente en el papel que el Gobierno y el comercio japonés desempeñaron al facilitar el crédito de bajo coste y las mercancías, que permitieron a los Estados Unidos cambiar el sentido del precipitado declive de su poder. La anterior relación de vasallaje político y económico de Japón en relación con los Estados Unidos se transformó pues en una relación de dependencia mutua. Japón siguió en manos del poder militar estadounidense pero la reproducción del aparato militar estadounidense de protección-producción llegó a depender incluso de manera más crucial de las finanzas y la industria japonesas.

El creciente poder económico japonés en los años ochenta no se basaba en ningún gran avance tecnológico. En parte, tal como indica Sugihara (Sugihara: 2003), fue debido a las beneficiosas oportunidades que el fuerte crecimiento de la tecnología de uso intensivo de capital y de recursos en los Estados Unidos y la URSS crearon para la especialización japonesa en industrias de trabajo intensivo y actividades de ahorro de recursos. Sin embargo, que Japón estuviera particularmente bien posicionado para sacar provecho de la situación fue debido en gran parte a la proliferación global de empresas multinacionales que empezaron a subcontratar pequeñas actividades económicas que anteriormente se llevaban a cabo dentro de sus propias organizaciones. La tendencia hacia la burocratización del negocio a través de la integración vertical que erigió las fortunas de los negocios corporativos estadounidenses a partir de la década que siguió a 1870, empezó así a ser reemplazada por una tendencia hacia el establecimiento de contactos informales y la revitalización subordinada de los pequeños. Este fue un fenómeno de ámbito mundial, pero en ningún sitio se dio de manera tan consistente, tan seguida y con tanto éxito como en el Asia Oriental. Iniciado a principios de los setenta, la escala y envergadura del sistema de subcontratación multicapa de Japón creció rápidamente a través de un efecto inducido en un número y variedad creciente de estados de Asia Oriental. Aunque el comercio japonés era su organismo principal, el efecto inducido dependía fuertemente de las redes comerciales de los chinos de ultramar, que fue-

ron desde el comienzo los principales intermediarios entre los negocios japoneses y locales en Singapur, Hong Kong y Taiwan, y más adelante en la mayoría de países del Sudeste Asiático donde la minoría china ocupaba una posición dominante en las redes comerciales locales. La amplia expansión regional del sistema de subcontratación multicapa japonés contaba pues no sólo con el apoyo político “desde arriba” de los EEUU, sino también con el apoyo comercial y financiero chino “desde abajo” .

Con el tiempo, sin embargo, el apoyo desde arriba y desde abajo, más que ayudar empezó a limitar la capacidad de los negocios japoneses para liderar el proceso de integración y expansión económica regional. Tal como se lamentaba un representante de los grandes negocios japoneses, “no disponemos de poder militar. Los empresarios japoneses no pueden influir en las decisiones políticas de otros países (...) Esta es la diferencia con los empresarios estadounidenses y es algo en lo que los empresarios japoneses deben pensar”. Al mismo tiempo, las empresas estadounidenses empezaron a reestructurarse para poder competir de manera más eficiente con las japonesas en la explotación de la rica dotación de recursos humanos y empresariales de Asia Oriental, y no únicamente a través de la inversión directa, sino también y de manera especial a través de todo tipo de acuerdos de subcontratación en estructuras organizativas integradas en términos generales. Puesto que los acuerdos de este tipo eran un rasgo distintivo de los negocios a gran escala a finales de la época imperial china y lo siguen siendo en la actualidad en Taiwan y Hong Kong, podemos interpretar la formación y expansión de las redes de subcontratación estadounidenses en el Asia Oriental como otro ejemplo más de la convergencia occidental hacia los modelos del este asiático.

El hecho de que la convergencia ha sido particularmente fuerte en el contexto de Asia Oriental puede establecerse en parte debido al legado de la Revolución Industrial centrada en China, la cual, tal como hemos indicado antes, no privó a los obreros de la oportunidad de participar en asuntos de gestión que fomentaban más la versatilidad que la especialización en un determinado trabajo, y daban prioridad a la flexibilidad frente a la rigidez a la hora de dar respuesta a los problemas y anticiparse a ellos. La presencia en la región de una abundante oferta de iniciativas empresariales y una mano de obra altamente cualificada probablemente le debe mucho a este legado. Igual de importante, sin embargo, es otro legado de la vía de desarrollo de Asia Oriental, en concreto, las extensas redes comerciales de los chinos de ultramar que se formaron en los intersticios del sistema comercial de tributos con centro en China. La victoria comunista en la China continental repuso los rangos empresariales de la diáspora al generar una nueva afluencia de migración china hacia el Sudeste Asiático y en especial hacia Hong Kong y Taiwan, así como los Estados Unidos (Wong: 1988).

Sin embargo, bajo el régimen unilateral estadounidense que surgió de la Guerra de Corea, el papel de los chinos de ultramar como intermediarios comerciales entre la China continental y las regiones marítimas circundantes, quedó ahogado tanto por el embargo comercial estadounidense sobre la RPCh como por las restricciones de la RPCh sobre el comercio doméstico y extranjero. Es más, en los años cincuenta y sesenta la expansión del capitalismo de los chinos de ultramar quedó bajo control ante la propagación del nacionalismo y de ideologías y prácticas de desarrollo nacional en el Sudeste Asiático. A pesar de este entorno desfavorable, las redes comerciales de los chinos de ultramar se las arreglaron para crecer y consolidar su influencia en las cimas dominantes de la mayoría de economías de la zona.

El estrato capitalista de los chinos de ultramar quedó así pues sumamente bien posicionado para aprovechar las oportunidades altamente beneficiosas que se abrieron con la expansión transfronteriza del sistema de subcontratación multicapa japonés y por la demanda creciente por parte de las corporaciones estadounidenses de socios empresariales en la región. Y cuanto más intensa era la competencia por los recursos humanos de bajo coste y altamente cualificados de la región, mayor era la prosperidad de los chinos de ultramar como una de las redes capitalistas más poderosas de la región, eclipsando en muchos aspectos a las redes de las multinacionales estadounidenses y japonesas. De hecho, a principios de los noventa, mientras Japón se hundía en una recesión interminable, el renacimiento económico de Asia Oriental iniciaba su tercera fase: la integración y expansión impulsada por China. La reincorporación de la China continental dentro de los mercados regionales y globales a finales de los setenta y en los ochenta puso nuevamente en juego un estado cuyas dimensiones demográficas, abundancia de recursos empresariales y de mano de obra, y potencial de crecimiento superaban por un amplio margen los de otros estados que operaban en la región, incluyendo en esta lista a los Estados Unidos. Si la mayor atracción para el capital extranjero que posee la RPCh han sido sus amplias y altamente competitivas reservas de mano de obra desde una perspectiva de coste, calidad y control –junto con los mercados actuales y potenciales creados por la movilización de dichas reservas–, el *casamentero* que ha facilitado el encuentro del capital extranjero y la mano de obra china ha sido la diáspora capitalista de los chinos de ultramar. Este importante función fue posible gracias a la determinación con la que la RPCh bajo el régimen de Deng solicitó la asistencia de los chinos de ultramar para modernizar la economía china y buscar la unificación nacional de acuerdo con el modelo “una nación, dos sistemas”. Una estrecha alianza

“ Si la mayor atracción para el capital extranjero que posee la RPCh han sido sus amplias y altamente competitivas reservas de mano de obra (...) el ‘casamentero’ que ha facilitado el encuentro del capital extranjero y la mano de obra china ha sido la diáspora capitalista de los chinos de ultramar”

política se estableció entre el Partido Comunista chino y los empresarios chinos de ultramar, una alianza que quedaría fortalecida después de la devolución de Hong Kong en 1997 y la mayor integración de los intereses comerciales de Hong Kong y otros intereses comerciales de los chinos de ultramar a través de su papel en el Gobierno de Hong Kong y su participación en el Congreso Nacional Popular Chino. Y mientras los empresarios chinos empezaron a desplazarse de Hong Kong a Guangdong casi tan rápidamente como (y también de manera mucho más masiva) se habían trasladado de Shanghai a Hong Kong cuarenta años antes, el Gobier-

no chino redobló sus esfuerzos para ganarse la confianza y la ayuda de los chinos de ultramar. Sobre 1990, las inversiones combinadas de 12 mil millones de dólares norteamericanos procedentes de Hong Kong y Taiwan suponían el 75% del total de la inversión extranjera,

casi 35 veces más que Japón (calculado según So y Chiu: 1994 y *Far Eastern Economic Review* de 19 de septiembre de 1992).

En resumen, cada etapa del renacimiento económico en curso de Asia Oriental fue impulsada por un organismo distinto, pero todas las etapas incluyeron una forma u otra de hibridación de las vías de desarrollo de Asia Oriental y Occidente. Centrándose en un importante aspecto de este proceso –la hibridación de las vías de la Revolución Industrial e Industrial–, Sugihara sugiere que podía haber dado como resultado un cambio de rumbo de la tendencia secular hacia el empeoramiento de la desigualdad de renta global. “ Si el ‘milagro europeo’ fue un milagro de producción (...) el ‘milagro de Asia Oriental’ ha sido un milagro de distribución que proporcionó los beneficios de la industrialización global a la mayoría de la población mundial”. Dada la destrucción medioambiental ocasionada por la difusión del consumo intensivo de los recursos energéticos –y concluye el autor–, para que siga el “ milagro de la distribución, la vía occidental debe convergir con la vía de Asia Oriental, y no al revés” (Sugihara: 2003).

Si China sigue creciendo al ritmo actual durante otros 20-30 años, y, sobre todo, si en su exitoso proceso de desarrollo recluta a otros países, pobres pero muy poblados, la economía global quedará definitivamente caracterizada por una igualdad de ingresos mayor que en cualquier otra época desde el comienzo de la Gran Divergencia. Aun así, existen razones para ser prudentes en la previsión de una continuación suave del milagro de la distribución encabezado por China.

En primer lugar, la expansión económica china ha ido acompañada por el rápido crecimiento de la desigualdad de renta

dentro de China, una desigualdad que se estima la mayor en el mundo. Si este es realmente el caso, y la evidencia lo demuestra, el movimiento ascendente de la RPCh en la jerarquía global del valor añadido reflejará de hecho una movilidad ascendente mucho mayor de un limitado número de áreas (predominantemente costeras) y una menor movilidad ascendente (o incluso movilidad descendente) de una gran parte del resto del país. Esta tendencia se aparta del modelo de desarrollo uniforme típico de la vía de Asia Oriental y puede convertirse en un gran obstáculo para la expansión futura. Además de limitar el crecimiento del mercado doméstico, está engendrando tensiones sociales y políticas que pueden poner en peligro el futuro crecimiento. Ciertamente, la denominada “cuarta generación” de líderes de la RPCh, encabezada por Hu Jintao y Wen Jiabao, ha mostrado mayor conciencia que otras generaciones anteriores sobre los costes y problemas sociales de un desarrollo poco equitativo. Al tiempo que conservan los ambiciosos objetivos de crecimiento económico, han puesto un nuevo énfasis en un desarrollo equilibrado entre las áreas rurales y urbanas, entre regiones, y entre economía y sociedad (Kynge 2003; *The Economist* 2004). Aún así, la cuestión de a qué equivaldrá este nuevo énfasis en términos de las actuales reformas sociales y si tendrá éxito en su intento de lograr que el crecimiento económico continuo sea socialmente sostenible, sigue abierta.

En segundo lugar, el rápido crecimiento chino ha fracasado ampliamente en su intento de abrir una vía de desarrollo ecológicamente sostenible para los países más pobres del mundo. La convergencia se ha desplazado predominantemente de la vía para el ahorro energético de Asia Oriental hacia la vía del consumo energético occidental, y no al revés. El consumo energético per cápita sigue siendo considerablemente más bajo en el Asia Oriental que en Europa Occidental, por no hablar de los Estados Unidos. Pero el consumo chino de combustibles fósiles empleado en las fábricas y en parte para sostener el gran crecimiento del parque móvil contribuyen de manera significativa y cada vez mayor al calentamiento global y ha propiciado que algunas ciudades chinas se conviertan en las más contaminadas del mundo. También en este aspecto la nueva dirección de la RPCh ha mostrado mayor conciencia que sus predecesoras a propósito de los costes medioambientales que supone el crecimiento económico basado en el uso intensivo de los recursos energéticos. Sin embargo, sigue sin existir una visión clara de cómo puede restablecerse el equilibrio ecológico cuando está previsto que entre 300 y 500 millones de habitantes de las zonas rurales se conviertan en urbanitas en 2020.

“Cada etapa del renacimiento económico en curso de Asia Oriental fue impulsada por un organismo distinto, pero todas las etapas incluyeron una forma u otra de hibridación de las vías de desarrollo de Asia Oriental y Occidente.”

El tercer punto y más importante: China no puede pretender que los estados más poderosos del planeta, con los Estados Unidos en primer lugar, no intenten obstaculizar su continua expansión económica. Esta es, finalmente, la conclusión a la que llega John Mearsheimer, en la teorización reciente más ambiciosa sobre relaciones internacionales de Estados Unidos: “China sigue estando lejos del punto en el que tendrá suficiente poder (económico) para lograr la hegemonía regional. Por consiguiente, todavía no es demasiado tarde para que los Estados Unidos actúen para frenar el ascenso chino. De hecho, los imperativos estructurales del sistema internacional (...) forzarán posiblemente a los Estados Unidos a abandonar su política de compromiso constructivo en un futuro próximo. Además, existen ya algunas señales que indican que la nueva Administración Bush ha adoptado ya los primeros pasos en esa dirección”. (Mearsheimer: 2001).

Por el momento, al quedarse empantanada en el cenagal irakí, la Administración Bush se ha visto obligada a profundizar

más que no a abandonar el compromiso constructivo de China. Y lo que es aún mejor para China, los problemas autointligidos de los Estados Unidos en el oeste asiático han creado condiciones favorables para el resurgimiento de la centralidad económica y política china en el este asiático. Es probable que en el tiempo en que los Estados Unidos consigan zafarse del problema irakí, la centralidad china en la región del este asiático (así como la dependencia estadounidense de los créditos y los bienes baratos chinos) esté tan consolidada que conlleve a los Estados Unidos otros “imperativos estructurales” distintos de los previstos por Mearsheimer. Pero también es posible que los Estados Unidos intenten preservar su dominio global mediante la obstaculización del crecimiento económico chino. Resulta imposible prever las consecuencias de una tentativa de este tipo. Pero cuanto más insostenible social y ecológicamente sea la expansión económica china, más fácil será para los Estados Unidos movilizar local y globalmente fuerzas capaces de reducir su marcha o ponerle punto final.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ADAS, Michael. *Machines as Measure of Men. Science, Technology and Ideologies of Western Dominance*. Ithaca: Cornell University Press, 1989.

ARRIGHI, Giovanni, PO-KEUNG Hui, HO-FUNG Hung y SELDEN, Mark. 2003. "Historical Capitalism, East and West". En: G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden, eds. *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*. Londres y Nueva York: Routledge. P. 259-333. (2003).

BARRACLOUGH, Geoffrey. *An Introduction to Contemporary History*. Harmondsworth: Penguin, 1967.

BRAUDEL, Fernand. *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, III: The Perspective of the World*. Nueva York: Harper & Row, 1984.

DE VRIES, Jan. "The Industrial Revolution and the Industrious Revolution". *Journal of Economic History* 54(2): 249-70. (1994).

ELVIN, Mark. *The Pattern of the Chinese Past*. Stanford: Stanford University Press, 1973.

FRANK, Andre Gunder. *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*. Berkeley: University of California Press, 1998.

HAMASHITA, Takeshi. "Tribute and Emigration: Japan and the Chinese Administration of Foreign Affairs". *Senri Ethnological Studies* XXV: 69-86. (1993).

HAMASHITA, Takeshi. "The Intra-Regional System in East Asia in Modern Times". En: Katzenstein, Peter. J y T. Shiraishi, eds. *Network Power. Japan and Asia*. Ithaca: Cornell University Press, 1997. P. 113-35.

IRIYE, Akira. "Imperialism in East Asia". En: J. Crowley, ed. *Modern East Asia*, 122-50. Nueva York: Harcourt, 1970.

MEARSHEIMER, John. *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton, 2001.

McNEILL, William. *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, and Society since A.D. 1000*. Chicago: Chicago University Press, 1982.

O'BRIEN, Patrick. "Metanarratives in Global Histories of Material Progress". *The International History Review* 23,2: P. 345-367. (2001).

OZAWA, Terutomo. "Pax Americana-Led Macro-Clustering and Flying-Geese-Style Catch-Up in East Asia: Mechanisms of Regionalized Endogenous Growth". *Journal of Asian Economics* 13: 699-713. (2003).

POMERANZ, Kenneth. *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

SO, Alvin Y., y STEPHEN W.K. Chiu. *East Asia and the World-Economy*. Newbury Park, CA: Sage, 1995.

SUGIHARA, Kaoru. 1996. "The European Miracle and the East Asian Miracle. Towards a New Global Economic History". *Sangyo to keizai* XI, 12: 27-48.

SUGIHARA, Kaoru. "The East Asian Path of Economic Development: A Long-term Perspective". En: G. Arrighi, T.

SELDEN, M., y HAMASHITA, M. eds. *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*. Londres y Nueva York: Routledge, 2003. P. 78-123.

WOLF, Martin. "Asia is Awakening". *Financial Times*. Londres, 22 de septiembre, 2003. P. 21.

WONG, R. Bin. *China Transformed. Historical Change and the Limits of European Experience*. Ithaca: Cornell University Press, 1997.

WRIGLEY, E.A. *Continuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.